

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et iustitiae partes tuendas suscepistis.

DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Denique, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmetis.—Pío IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en caso de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 20 rs.—En Ultramar: 30 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, Pelayo, 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taitbout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

CORTES CONSTITUYENTES.

Extracto de la sesión celebrada el día 28 de abril de 1870.

PRESIDENCIA DEL SE. D. MANUEL RUIZ ZORRILLA.

Abierta la sesión a las tres, se aprobó el acta de la anterior.

Continuó el debate acerca de la pensión a los hijos del Sr. Castañón.

El Sr. Gomis combatió en un breve discurso bajo el punto de vista de la necesidad de las economías.

El Sr. Alarcón la defendió, recordando los servicios prestados por el Sr. Castañón, y dijo que se interpretaría mal por los señores de Cuba que esta pensión fuera rechazada.

Se aprobó la pensión en votación ordinaria. Se aprobó sin debate el proyecto de ley suprimiendo el grado de bachiller en las Facultades. Se procedió al debate del artículo 12 del proyecto de ley electoral y del voto particular del señor marqués de Sardoal, que admite la compatibilidad del cargo de diputado con diferentes cargos.

Las Cortes, a propuesta del presidente, acordaron que dicho voto particular se considerase como enmienda al art. 12, y si era tomado en consideración, que se permitieran tres turnos en pró y tres en contra, y si era rechazada, además de permitir todas las enmiendas que se presentasen, se admitiera el mismo número de discursos para discutir el art. 12.

Se leyó el voto particular del señor marqués de Sardoal, que decía así:

«El cargo de diputado es incompatible con todo empleo, aunque sea en comisión y sin sueldo (contar que lo tenga consignado en el presupuesto) de nombramiento del Gobierno, de la casa real o de las Cortes.

Excepciones únicamente: 1.º Los consejeros de Estado y los subsecretarios. 2.º El capitán general y el gobernador civil de Madrid. 3.º Los capitanes generales de ejército y los almirantes. 4.º Los tenientes generales y los mariscales de campo en situación de cuartel. 5.º Los vicealmirantes y contraalmirantes en igual situación. 6.º El rector y catedráticos de término de la Universidad Central y los inspectores generales de ingenieros jefes con residencia en Madrid.

Palacio de las Cortes, 28 de Abril de 1870.—El marqués de Sardoal.

El señor marqués de Sardoal la apoyó diciendo que en punto a incompatibilidades la Cámara española debía imitar el ejemplo del pueblo inglés, y leyó varios párrafos de la Historia de Inglaterra de Macaulay, para manifestar lo que sobre este punto piensa el escritor inglés.

Aseguró que al figurar conforme a sus compañeros de comisión en la incompatibilidad absoluta había puesto sus opiniones al deseo de que la comisión apareciera conforme en punto tan importante, pero en la nueva forma que había tomado esta cuestión creía oportuno exponer lo que pensaba formulando un voto particular.

Explicó sus razones que había tenido para excluir de la compatibilidad a los magistrados de la Audiencia de Madrid, a los ministros del tribunal de cuentas y a los agentes diplomáticos.

Dijo que al formular el voto particular entendía interpretar el pensamiento de la Cámara.

El Sr. Mendez Vigo dijo que la comisión había presentado a las Cortes la incompatibilidad absoluta en la creencia de que con ella estaba conforme la inmensa mayoría de la Cámara. Esta desconfianza al art. 12, pero no habiendo manifestado la Cámara su opinión positiva, la comisión había creído deber presentar su dictamen ahora en los términos en que lo había hecho.

El señor marqués de Sardoal rectificó brevemente.

El señor ministro de la GOBERNACION: Señores, la comisión de ley electoral ha tenido a su cargo un trabajo muy complicado; pero trascurrido ya el período de discusión, no le quedaba más que dos grandes cuestiones que ventilar: la de incompatibilidades, y la de si la elección debía hacerse por distritos o por otro sistema. Esta última ya no es cuestión, puesto que las Cortes han pronunciado su fallo solemne. Queda solo la cuestión de las incompatibilidades. Respecto de una y de otra cuestión estuvo la comisión dividida en un principio; el ministro que tiene la honra de dirigirse a la Cámara, no vaciló en manifestar que opinaba por las incompatibilidades absolutas y por el sistema de distritos; y la comisión, sin que pretenda yo que esto lo hiciera por mí, aceptó estos dos grandes puntos para formular su dictamen.

Pudiera citar aquí opiniones más altas que la mía, de individuos que, no siendo de la comisión, expusieron también su parecer. En realidad, la cuestión de incompatibilidades es el problema eterno en los Gobiernos regidos por instituciones representativas, y es muy larga la estadística de las formas adoptadas por cada pueblo para resolver este asunto, habiendo alguno que ha aceptado el sistema extraño de admitir incompatibilidades por un procedimiento aritmético, puesto que admite una parte solo del número de individuos que componen la Cámara. Digo esto para que se vea que no es este un punto completamente resuelto, y que se decide en cada pueblo según las exigencias del momento y los elementos políticos del país.

Pero la cuestión que envuelve el voto particular es más concreta; encierra a la comisión y al Gobierno dentro de cierto límite; y deseando yo no ser demasiado molesto a la Cámara, voy a tomar la cuestión tal como las Cortes soberanas la han colocado.

Se presentó en un principio una enmienda de compatibilidades con grandes fórmulas que hubieran podido llevarnos a una Cámara de empleados. Esta enmienda fue desechada, demostrándose de este modo que las Cortes no querían llevar la compatibilidad hasta aquel extremo. Pero a seguida fue también desechado nuestro artículo; y le llamé así, porque aun cuando no le había firmado, le había aprobado. Es extraño esto? No parece sino que las cuestiones políticas tienen un procedimiento determinado, lo cual es verdad, porque estas cuestiones son por su carácter muy variables. La política es la ciencia de la realidad, de los intereses, de las opiniones, y para resolver toda cuestión que revista este carácter es necesario que las voluntades vengan a reunirse en un punto dado, porque la solución en que se consiga esto no puede ser duradera.

La mayoría, pues, ha declarado que no quiere la compatibilidades extensas, ni incompatibilidades absolutas; lo que falta, por tanto, saber, es si el señor marqués de Sardoal ha encontrado el término modesto y prudente que se necesita. Me sería fácil, estudiando las compatibilidades de incompatibilidades parlamentarias, demostrar que esta votación es comedida y prudente, y que, dadas las circunstancias del país, puesto que se cree que dura algún tiempo, deben seguir viniendo a las Cortes algunos funcionarios, no puede rechazarse el que entre estos figuren los consejeros de Estado, ni los subsecretarios de Estado.

Bien sé que en Inglaterra hay dos subsecretarios, uno burocrático y otro político, amovible con el ministro; pero si en nuestra apurada situación financiera se hubiese propuesto esta reforma, hubiera sido objeto de risa. El capitán general y el gobernador de Madrid es otra de las compatibilidades, así como los capitanes generales, tenientes generales de ejército y mariscales de campo y análogos categorías de marina, cuando se hallan de cuartel, situación que los coloca en cierta independencia respecto del Gobierno.

Figuran también entre las compatibilidades el rector de la Universidad de Madrid y los catedráticos de ascenso y de término. Aquí hay una limitación arbitraria, como tiene que suceder siempre que en estas cuestiones haya de establecerse un límite; pero la verdad es que la incompatibilidad está basada en que no vengán a este sitio los que con ellos puedan reportar ventajas al Gobierno, en cuyo caso están todos los catedráticos que ganan sus plazas por oposición, sean de término. Por último, alcanza la compatibilidad a los ingenieros que residen en Madrid y tienen cierta categoría.

Pues bien; no hay remedio: no quiero la mayoría grandes categorías de compatibilidades parlamentarias; no quiero tampoco el artículo que presentó la comisión; y si hemos de buscar un término medio, este se encuentra, en mi concepto, en el voto del señor marqués de Sardoal, en que se consigna una fórmula prudente. No diré más, y solo manifestaré para concluir, que en un principio, cuando las pasiones estaban más vivas, hemos llegado a un acuerdo en cuestiones tan importantes como las de libertad de cultos, el sufragio universal, y los derechos individuales; y es sensible que las Cortes al llegar a su término, porque no puede desconocerse que se acercan a su término, se muestren tan divididas en una cuestión que, aunque grave, no puede ser tanto como las que acabo de citar. Se dio cuenta de la siguiente

Proposición incidental.

«Los diputados que suscriben tiene el honor de someter a la aprobación de las Cortes la siguiente proposición incidental:

«Pedimos a las Cortes, que teniendo en cuenta la gravedad y trascendencia de la cuestión de incompatibilidades que se discute, y lo que puede afectar a nuestra resolución a los intereses y porvenir de nuestra patria, se sirvan acordar la suspensión de la votación sobre el voto particular hasta el día 3 de Mayo próximo, citando previamente a los diputados ausentes y presentes.»

En su apoyo dijo:

El Sr. GOMIS: Sabido es que viene siendo costumbre convocar a los diputados ausentes para resolver algunas cuestiones; la de que se trata es muy importante; e-amos divididos en dos campos opuestos, y me consta que los diputados ausentes se encontrarán en este sitio si supieran que se iba a resolver esta cuestión. Podría entrar en varias consideraciones; pero me abstengo de ello por no molestar a la Cámara, y me limito a pedir al Gobierno que no se oponga a que se suspenda la votación de este asunto hasta el día que se fija en mi proposición.

El señor ministro de la GOBERNACION: Debo declarar que el Gobierno no ha hecho cuestión de las cuestiones constituyentes. Por eso el Sr. Gomis no debe citarse, para conseguir lo que ahora desea, al Gobierno, sino a la mayoría de las Cortes.

Por lo demás, solo diré que este asunto está tratándose ya hace muchos días, y que sería difícil resolver nada si hubiera de esperarse siempre para ello a que vinieran los diputados ausentes.

El Sr. GOMIS: Bien sé que hubiera podido dirigirme también a la mesa; pero como este en ese caso hubiera procurado poseer de acuerdo con el Gobierno, he tratado de ganar tiempo dirigiéndome desde luego a este.

Habiéndose procedido a votar nominalmente la proposición incidental, resultó desechada por 90 votos contra 54.

Preguntóse si se tomaba en consideración el voto particular del señor marqués de Sardoal, y pidió la votación nominal, resultó que 77 votos dijeron que sí y otros 77 que no.

El señor presidente dijo que en vista del empate, y de la gravedad de la cuestión que se debatía, él se había abstenido, porque no quería que por su solo voto se resolviera. (Bien, bien.)

Los Sres. Pezet y Sánchez-Burguella reclamaron y dijeron que habían votado el uno en pró y el otro en contra.

Sobre estas reclamaciones promovióse una gran agitación.

El señor presidente anunció que levantaría la sesión si no se restablecía el orden.

El Sr. Díaz Quintanilla pidió que se leyese el artículo del reglamento referente a empates en las votaciones.

El Sr. Presidente dijo que el artículo prevenía que se volviera a discutir lo que se votaba, pero que las Cortes habían acordado que solo hubiera un discurso, y él cumplía con el acuerdo de las Cortes.

El Sr. Figueras dijo que no había resultado empate con el voto del Sr. Pezet.

El Sr. Presidente recordó que el Sr. Burguella también reclamó, igualando la votación.

Se preguntó a las Cortes si se procedería a nueva votación, y así lo acordaron.

Verificada la votación en consideración la proposición por 85 votos contra 82, en esta forma:

Señores que dijeron sí.

Carratalá.—Prim.—Rivero (D. Nicolás).—Sagasta (D. Práxedes).—Barragán.—Figuerola.—Burguella.—Montero.—Ros.—Moret.—Alcalá Zamora (D. Luis).—Rojas Arias.—López Domínguez.—Mojat.—Mosquera.—Sagasta (D. Pedro).—Sánchez-Burguella.—Ulloa (D. Juan).—España.—Damato.—Izquierdo.—Serrano-Bodoya.—Ferragós.—Peraña.—Carrillo.—Borca.—Madoz.—López Botis.—Irazzo.—Pascual y Gomis.—Marqués de Sardoal.—Estrada.—Celi y

Moncal.—Cantero.—Baleguer.—De Blas.—Fernández de Córdova.—Milans del Bosch.—Palau (D. Antonio).—Valés Linarés.—Becerra Delgado.—Hernández Arbizu.—Morono Benítez.—Navarro y Rodrigo.—Rodríguez (D. Gabriel).—Villalobos.—Rodríguez Puigila.—Mata.—Gil Saez.—Madrazo.—González (D. Venancio).—Alvarez.—García (D. Manuel Vicente).—Franco Alonso.—Montesino.—Marques de la Esparanza.—Riz Rorilla (D. Francisco).—Perez Zamora.—Martínez Pérez.—Jiménez de Molina.—Mesa.—Duque de Tetuan.—Prieto.—Tupeto.—Muñoz de Sepúlveda.—Silvela (D. Francisco).—Lasaña.—Oria.—González Olivares.—Gasset.—Santa Cruz.—Marquina.—Marelos.—Cisneros.—Silvela (D. Manuel).—Ros Rosas.—Alarcón.—Fernández Valle.—Herrera.—Bocerra (D. Manuel).—Aranjico.—Moncal.—Señor vicepresidente (García Gomez).

Total, 85.

Señores que dijeron no.

Sánchez Ruano.—Vázquez Curiel.—Pezet.—Molin.—Barrenechea.—Vado.—Nieuaut.—Pascual.—Ortiz de Zarate.—Pefumo.—Vinader.—Riestra.—Montero Teilinge.—Marqués de Figueras.—Ferrer y Garcés.—Rubio (D. Federico).—Cervera.—Rodríguez Leal.—Grande.—Rodríguez Seoane.—A. glada.—Gomis.—Bueno (don Juan Andrés).—Pardo Bazan.—Ruiz y Ruiz.—Gutiérrez de Poz.—Gil Viceda.—García (D. Diego).—González Alegre.—Fuentes Alcázar.—Mendez Vigo.—Perez Cantalapiedra.—Fontanals.—Pabon y Celi.—Jalon.—Tutau.—Alonso.—Villadola.—Unceta.—García de Quesada.—Plaja.—Igual y Cano.—D. Pedro.—Rodríguez Moya.—Silveira.—Moraes Diaz.—Moreno Rodríguez.—Guzmán (Santa Marta).—Pi y Margall.—Compte.—Rebulla.—Hidalgo.—Bastida.—Pareda.—Vázquez de Puga.—Machete.—González Marron.—Barreiro.—Rivero (D. José Vicente).—Macías Acosta.—Aisina.—Robert.—Soria.—San maría.—Bnot.—Guzmán y Manrique.—Sancho.—Carrasco.—Saavedra.—Calderon y Herce.—García San Miguel.—Boré.—Cabello.—Jimeno.—Ochoa (D. Cruz).—Carrascon.—Castelar.—Figueras.—Banc.—García López.—Pico Domínguez.—Díaz Quintero.

Total, 82.

Leyéronse varias enmiendas al artículo adicional. El señor ministro de Ultramar dió lectura de un despacho del capitán general de Cuba. Y se levantó la sesión.

Erán las seis y media.

Continuando la sesión a las diez, el Sr. Quiroga pidió constase su voto conforme con el de la minoría en la votación de la tarde.

El señor VICEPRESIDENTE (Montesino): No puede constar en el acta; pero constará en el Diario de las Sesiones.

Continuó el debate sobre el proyecto de autorización para plantear las leyes presentadas por el Sr. ministro de Gracia y Justicia.

El Sr. MARTOS: Señores diputados, procuremos que el debate sobre el carácter del discurso que acababa de pronunciar mi respetable amigo el Sr. Calderón Collantes, y llamé la atención sobre la contradicción que se notaba entre los datos que citó y las consecuencias que de ellos deducía.

Para demostrar que la idea del matrimonio civil era conocida entre nosotros, os cité la legislación patria y también la del pueblo rey, y recordé el carácter civil que allí tenía el matrimonio, no obstante lo que el Sr. Calderón Collantes había dicho; e indiqué asimismo que aun en los tiempos en que ya la Iglesia había dictado sus disposiciones en lo relativo al Sacramento, y había triunfado con la conversión del emperador Constantino, se conservó la doble distinción, el sacramento y el contrato, que también se conservó en nuestra legislación patria. Os dije también como vino después a introducirse la confusión en este punto, y cómo se vinieron a establecer en nuestra legislación las disposiciones del Concilio Tridentino.

Ahora conviene examinar el matrimonio según la naturaleza, la religión y la ciencia.

Señores, no introducidos ninguna novedad que no tenga antecedentes en nuestra vida anterior y que no tenga una sanción positiva en los pueblos modernos.

S. S. padece un error al querer presentarse como el eco de las opiniones del país, cuando defendiendo tal vez solo algunos intereses de partido o algunas preocupaciones. Nosotros tenemos también el derecho de decir que representamos las opiniones del país, pues ninguno hemos recibido de nuestros electores dato alguno que nos diga que no están conformes con el matrimonio civil; y lo mismo pueden decir los republicanos; y mientras no haya hechos positivos que nos digan otra cosa, tenemos derecho a decir que la opinión está con nosotros.

Si votais contra este proyecto, no votareis todos; si votais todos, será por un equivocado interés, no por un escrúpulo de conciencia. Esta no puede ser cuestión de partido, y quisiera que diéramos en la votación del matrimonio civil el mismo grande espectáculo que cuando la votación del art. 21, que reuní 214 votos: ¡ojala que ahora un número semejante de votos proclamase en España que la inmensa mayoría de las Cortes Constituyentes, sin odio, sin pasión, sin espíritu de partido, ha votado el matrimonio civil.

El Sr. CALDERON COLLANTES: Antes de rectificar, y con el objeto de producir menos molestias a la Cámara, hubiera deseado oír a algún individuo del Gobierno que parecía imposible no haya tomado parte en este debate; pero como esto no pende de mi voluntad, voy a hacer desde luego algunas rectificaciones importantes.

Es una de ellas la que se refiere a las opiniones del Obispo de Salamanca en el último Concilio. Decía el Sr. Martos que si aquel Obispo viera sería más libre que nosotros, y en esto ha inferido un agravio a la memoria de aquel Prelado. En el Concilio se debatían las cuestiones hasta que la mayoría dictó su fallo, y ante ese fallo todos inclinaron su cabeza. El Obispo de Salamanca sostuvo entonces sus opiniones; pero de pues de los acuerdos del Concilio, esas opiniones hubieran constituido verdades as heréticas.

La ordenanza de Luis XVI, y esta es otra rectificación, no fué solo para los calvinistas, sino indistintamente para los que no profesaban la religión católica.

Yo no pretendo que el Estado no intervenga en el acto del matrimonio; he sostenido la doc-

trina contraria; le concedo la facultad de legislar en todo lo anterior al matrimonio; le reconozco el derecho de formar los registros y de legislar para todos los efectos civiles que nazcan del matrimonio. ¿Dónde está, pues, el carácter exclusivamente religioso que quiero yo dar al matrimonio? Lo que quiero es que, puesto que hay religiones como la católica, en que el contrato y el sacramento son inseparables, a los que profesan esa religión se les permita celebrar ese acto con arreglo a sus creencias. Se dice a esto que ya se les permite; pero la verdad es que se les consienta sin los efectos civiles, y lo que yo pretendo es que se les concedan esos efectos, porque si no, es lo mismo que quitar con una mano lo que se les da con otra.

Por más que se quiera sostener que el matrimonio civil es una institución inseparable de la libertad de cultos, digo y repito que ese sistema de matrimonio está rechazado en toda Europa, menos en Francia, Italia y Bélgica. Alemania, a pesar de ser la cuna del protestantismo, en su derecho común rechaza el matrimonio civil.

Dice el Sr. Martos que la indisolubilidad nace de su misma naturaleza. Pero ese gran principio, como el de la monogamia, ¿a quién se debe, más que a la religión de Jesucristo? Ese timbre, entre tantos otros de la religión católica, nadie puede arrancárselo.

Ore el Sr. Martos que si se permite que cada uno se case con arreglo a sus creencias religiosas, vendrá a reconocerse la legitimidad de hijos de padres desconocidos. Ya he dicho que el Estado puede legislar acerca de esto, y si se castiga la poligamia y el abandono de los hijos, no sería posibles los efectos desastrosos que teme el Sr. Martos.

Por lo que hace al divorcio, ya dije la otra noche que había sido una consecuencia del matrimonio civil; tan lógica, que aun cuando al principio se había rechazado, la fuerza misma de los hechos la había establecido.

Ha concluido el Sr. Martos diciendo que no podía creer que todos los individuos de mi partido votasen como yo. He manifestado ya al principio de mi discurso que hablaba bajo mi exclusiva responsabilidad.

La cuestión en efecto no es de partido, y yo desearía que el Gobierno hiciera una declaración igual a la que hemos tenido el gusto de oír al señor Martos, que encarecía la necesidad de que en esta votación se repitiera el magnífico espectáculo que dió la Cámara al votar el art. 21 de la Constitución, el de la libertad de cultos.

No sé si ahora acontecerá lo mismo; pero si no sucede, no será nuestra la culpa, sino de los que se dejan llevar de un espíritu exclusivista y anticonciliador.

El Sr. Martos rectificó.

El señor VICEPRESIDENTE (Montesino): El señor ministro de Gracia y Justicia tiene la palabra; pero si S. S. ha de ser muy extenso, debo recordarle que es muy tarde y que habrá que prorrogar la sesión.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA: Yo tengo que ser bastante extenso, y puede su señoría hacer lo que guste.

El señor VICEPRESIDENTE (Montesino): Se ausende esta discusión.

Orden del día para mañana: discusión del proyecto de ley electoral y los demás asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.

Erán las doce y media.

PARTE OFICIAL

La Gaceta de hoy publica un decreto, fecha 18 del corriente, del ministerio de Fomento, por el que se crea una comisión de ingenieros del cuerpo de minas, para la formación del mapa geológico de España.

Por otro decreto del mismo ministerio y de igual fecha, se nombra subdirector segundo de la dirección de estadística al coronel de ingenieros D. Carlos Ibañez.

Por decretos del ministerio de Ultramar de 28 del corriente, se admite la dimisión presentada por D. José Fernández Riero, del cargo de jefe superior de administración, intendente de Puerto Rico; se declara cesante al jefe de administración, contador de la aduana de la Habana, D. Ignacio María Justiz, se dispone se encargue interinamente del despacho de la intendencia de Hacienda de Puerto Rico el contador de la misma D. José María Nieto, y se conceden los honores de jefe de administración civil, a D. Julio Toloso, jefe de negociación cesante, administrador de rentas de Fernando Póo.

Por orden del ministerio de Fomento de 7 del corriente se dispone lo siguiente:

1.º Las empresas de ferro-carriles pueden vender, previa autorización del ministerio de Fomento, y con arreglo a las prescripciones del derecho común, los terrenos expropiados con destino a préstamos.

2.º Las instancias producidas en solicitud de la indicada autorización, serán curadas por conducto del ingeniero jefe de la división correspondiente, el cual informará bajo su responsabilidad acerca de la necesidad ó no de necesidad de conservar para la línea el terreno de que se trate.

3.º Las divisiones obligarán a que se formen a la mayor brevedad por las compañías que tengan líneas en explotación los planos definitivos acotados y el amojonamiento de los terrenos en la forma prevenida por la instrucción aprobada en real orden de 16 de Julio de 1855.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

(De la Agencia Haas-Bullier.)

NUYVA YORK, 28.—El suelo de la corte suprema de Justicia de Richmond se ha hundido, y muchas personas han caído en el salón legislativo, a donde se encontraban los diputados en sesión.

Ha habido 40 muertos, entre los cuales 20 diputados, y 150 heridos.

PARIS 28.—En la Bolsa de hoy se han cotizado a primera hora:

El 3 por 100 español, interior a 24-3/8.
El 3 por 100 exterior, 18-7/8 a 28-7/16.
El 3 por 100 id., id. 1839 a 28-3/16.
Crédito mobiliario, a 440.
El 3 por 100 francés a 74-35.
BARCELONA, 28.—Consolidado, a 25-10.
Diferido, a 25-05.
Bonos, a 15-75.
Subvenciones de ferro-carriles, a 46-65.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 29 DE ABRIL DE 1870.

CONSTITUCION DOGMÁTICA

SOBRE LA FÉ CATÓLICA.

PIO, OBISPO,

SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS.

CON APROBACION DEL SANTO CONCILIO, para perpetua memoria.

El Hijo de Dios y Redentor del género humano Nuestro Señor Jesucristo, al volver a su Padre celestial, prometió estar con su Iglesia militante en la tierra: todos los días hasta la consumación de los siglos; por lo cual en ningún tiempo ha dejado de favorecer a su amada Esposa, de asistirle cuando enseña, bendecirla en sus obras y socorrerla en los peligros. Esta saludable providencia se ha manifestado constantemente, no solo con otros innumerables beneficios, sino que muy especialmente lo ha sido por los frutos copiosísimos que han resultado al orbe cristiano de los Concilios ecuménicos, y principalmente del Tridentino; aunque celebrado en época calamitosa.

Por ellos fueron definidos más concisamente y se expusieron con más extensión los santísimos dogmas de la religión y se condenaron y reprimieron los errores; se restableció y sancionó más sólidamente la disciplina eclesiástica; se promovió en el Clero el estudio de las ciencias y de la piedad, se prepararon colegios con el fin de educar los jóvenes para la sagrada milicia; y finalmente, se renovaron las costumbres de los pueblos cristianos, ya con hábil enseñanza, ya con más frecuente uso de los sacramentos. Además, se estrechó por ellos la unión de los miembros con su cabeza visible, y se aumentó el vigor de todo el cuerpo místico de Cristo; por ellos se multiplicaron las congregaciones religiosas y otros institutos de piedad cristiana; por ellos también vino aquel ardor asiduo y constante hasta derramar la sangre para propagar el reino de Cristo por todo el orbe.

Pero a pesar de estos y otros muchos beneficios que la divina clemencia concedió a la Iglesia, principalmente por el último sínodo ecuménico, mientras los recordamos con alegría, como se debe, no podemos contener el dolor por los males gravísimos originados, especialmente porque muchos desprecian la autoridad del mismo sacrosanto sínodo, ó por la negligencia que se observa con sus santísimos decretos.

Nadie ignora, ciertamente, que las heregias condenadas por los Padres de Trento, que rechazaban el magisterio divino de la Iglesia y dejaban al propio juicio de cada cual las cosas pertenecientes a la religión, se dividieron poco a poco en una multitud de sectas, con cuyas disensiones y disputas perdieron muchos toda la fe en Cristo, de manera que hasta la misma Sagrada Biblia que antes consideraban como la única fuente y juez de la doctrina cristiana, no sólo no la reputan como divina, sino que han empezado a contarla entre las fábulas mitológicas.

Entonces nació y se extendió demasiado por todo el orbe aquella doctrina del racionalismo ó naturalismo, que contradiciendo a la religión cristiana como de origen sobrenatural, hace grandes esfuerzos para establecer lo que llama el reino de la razón pura ó de la naturaleza, y para excluir al solo Señor y Salvador nuestro Cristo de las almas y de la vida y costumbres de los pueblos. Y abandonada y rechazada la religión cristiana, negado el verdadero Dios y su Cristo, cayó la inteligencia de muchos en la honda sima del panteísmo, materialismo y ateísmo, de manera que, no sólo niegan la misma naturaleza racional y todas las reglas de lo justo y de lo recto, sino que hacen grandes esfuerzos para destruir los fundamentos de la sociedad humana.

Extendiéndose y creciendo por todas partes esta impiedad, muchos hijos de la Iglesia católica se han apartado del camino de la verdadera piedad, y se ha debilitado en

ellos el sentimiento católico por el paulatino desvanecimiento de las verdades. Estraviados por varias y extrañas doctrinas, confundiendo malamente la naturaleza y la gracia, la ciencia humana y la fe divina, procuran alterar el sentido genuino de los dogmas que sostiene y enseña la Santa Madre Iglesia, y corrompen y ponen en peligro la sinceridad y la integridad de la fe.

Ante tan triste espectáculo, ¿cómo no habian de conmoverse las entrañas de la Iglesia? De la misma manera que Dios quiere que todos los hombres se salven, y que vengán al conocimiento de la verdad, así como Cristo vino para salvar a lo que había perdido, y para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos, así la Iglesia, constituida por Dios madre y maestra de los Pueblos, se reconoce deudora a todos y siempre está preparada y dispuesta para levantar a los caídos, sostener a los que vacilan, abrazar a los que vuelven, confirmar a los buenos y conducirlos a la perfección. Por lo cual en ningún tiempo puede dejar de afirmar y predicar la verdad de Dios, que sana todas las cosas, no ignorando que se le ha dicho: «El espíritu mío que está en tí, y mis palabras que puse en tus labios, no se apartarán de tu boca ni ahora ni nunca (1).»

Nosotros, pues, siguiendo las huellas de nuestros predecesores, cumpliendo nuestro apostólico ministerio, nunca hemos dejado de enseñar y defender la verdad católica, y de reprobado las malas y perversas doctrinas. Y ahora, sentándose y juzgando con Nos todos los Obispos del orbe, en este Sínodo ecuménico, congregado en el Espíritu Santo por autoridad nuestra, apoyados en la palabra de Dios escrita y en la transmitida por la tradición, según la recibimos santamente conservada y genuinamente expuesta por la Iglesia católica, desde esta cátedra de Pedro, delante de todos, hemos determinado enseñar y declarar la saludable doctrina de Cristo, proscribiendo y condenando con la potestad que Dios nos ha dado los errores contrarios a ella.

CAPÍTULO I.

De Dios, Creador de todas las cosas.

La Santa Iglesia católica, apostólica, romana cree y confiesa que existe un Dios verdadero y vivo, Creador y Señor del cielo y de la tierra, Omnipotente, Eterno, Inmenso, Incomprendible, Infinito por la inteligencia, la voluntad y por toda perfección; que siendo una sustancia espiritual, única, absolutamente simple é inmutable, debe ser predicado realmente y por esencia distinta del mundo, felicísimo en sí y por sí, é inefablemente excelso sobre todas las cosas que pueden concebirse fuera de Él.

Este solo Dios verdadero, por su bondad y su virtud omnipotente, no por aumentar su felicidad ni por adquirir, sino por manifestar su perfección por los bienes que distribuye a las criaturas, y por su voluntad plenamente libre, creó de la nada al principio de los tiempos la criatura espiritual y la corporal, la angélica y la mundana, y luego la criatura humana, como formada compuesta de espíritu y de cuerpo (2).

Dios protege y gobierna con su Providencia todas las cosas que ha creado, abarcando fuertemente de un extremo a otro del universo y disponiéndolo todo con suavidad (3). Todas las cosas están desnudas y abiertas ante sus ojos (4), hasta las que han de suceder por la acción libre de las criaturas.

CAPÍTULO II.

De la revelación.

La misma Santa Madre Iglesia cree y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser ciertamente conocido por las luces naturales de la razón humana, por las cosas creadas; porque las cosas invisibles de Dios son comprendidas por la criatura del mundo, por medio de las cosas creadas (5). Sin embargo, plugo a la sabiduría y bondad de Dios revelarse él mismo al género humano y revelarles los decretos de su voluntad por otro camino, el sobrenatural, según dijo el apóstol: «Dios, que habló a nuestros padres de muchas maneras por los profetas, nos ha hablado últimamente en nuestros días por su Hijo (6).»

Por esta revelación divina pueden conocerse pronto, hasta en el estado presente del género humano, con absoluta certeza y sin mezcla ninguna de error, las cosas divinas que no son por sí inaccesibles a la revelación humana. No se ha de decir que la revelación divina sea por eso absolutamente necesaria, sino que Dios por su bondad infinita ha ordenado al hombre para un fin sobrenatural, es decir, para participar de los bienes divinos, que superan absolutamente la inteligencia humana; porque el ojo del hombre no ha visto, su oído no ha escuchado, su corazón no ha podido elevarse a los que le aman (7).

Esta revelación sobrenatural, según la fe de la Iglesia universal proclamada en el Santo Concilio de Trento, está contenida en los libros escritos y en las tradiciones no escritas, que, recibidas por los Apóstoles del mismo Cristo, ó transmitidas como por las manos de los mismos Apóstoles, bajo la inspiración del Espíritu Santo, han llegado hasta nosotros (8). Y estos libros del Antiguo y del Nuevo Testamento deben ser tenidos por santos y canónicos, íntegramente, en todas sus partes, tal como fueron enumerados en el Decreto del Concilio de Trento y en la antigua edición latina de la Vulgata. La Iglesia tiene estos libros por santos y canónicos, no porque compuestos por el solo ingenio humano, fueran luego aprobados por su autoridad, no solo porque contienen la revelación sin error, sino porque escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor, y han sido entregados como tales a la Iglesia misma.

Pero porque algunos hombres juzgan mal que el Santo Concilio de Trento ha decretado saludablemente tocante a la interpretación de la divina Escritura, a fin de poner los ánimos en rebeldía, Nos, renovando el mismo decreto, Nos declaramos que el espíritu de este decreto es que sobre las cosas de la fe y de las costumbres que conciernen al edificio de la doctrina cristiana, es preciso tener por verdadero sentido de la Santa Escritura, el que siempre ha tenido y tiene por tal nuestra Santa Madre la Iglesia, a quien pertenece determinar el verdadero sentido y la interpretación de las Sagradas Escrituras; de suerte que a nadie es permitido interpretar la Escritura de modo contrario a este sentido, ni contra el sentimiento unánime de los Padres.

CAPÍTULO III.

De la fe.

Dependiendo el hombre completamente de Dios como de su Criador y Señor; sometida absolutamente la razón creada a la verdad increada, debemos a Dios, por la fe, el homenaje completo de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad. Esta fe, que es el principio de la salvación del hombre, según profesión de la Iglesia católica, es una virtud sobrenatural por medio de la que, con la inspiración y gracia de Dios, creemos verdaderas las cosas que Él nos ha revelado, no a causa de la verdad intrínseca de las cosas percibidas por las luces de la razón, sino a causa de la autoridad de Dios mismo, que nos las revela, y que no puede ni engañar ni ser engañado. Porque la fe, según el testimonio del Apóstol, es la sustancia de las cosas que forman el objeto de la esperanza, la razón de las cosas invisibles (9).

Sin embargo, a fin de que el homenaje de nuestra fe estuviere de acuerdo con la razón, Dios ha querido añadir a los socorros interiores del Espíritu Santo las pruebas exteriores de su revelación, a saber: los hechos divinos y sobre todo los milagros y las profecías, los cuales, al mostrar superabundantemente la omnipotencia y omnisciencia de Dios, son signos certísimos de la revelación divina y accesibles a la inteligencia de todos. Por eso Moisés, los Profetas, y sobre todo, Nuestro Señor Jesucristo, han hecho tantos milagros y tan manifestas profecías. Por eso se ha dicho de los Apóstoles: «Y habiéndose marchado, predicaron por todas partes con la cooperación del Señor, que confirmaba su palabra con los milagros que la seguían (10).» Y además: «tenemos una palabra profética segura, a la cual haceis bien de atender como a una luz que brilla en lugar tenebroso (11).»

Porque aunque el asentimiento de la fe no sea un ciego movimiento del espíritu, nadie, sin embargo, puede adherirse a la revelación evangélica, como es preciso para salvarse, sin una iluminación y una inspiración del Espíritu Santo, que da a todos la suavidad del consentimiento y de la creencia de la verdad (12). Y es porque la fe en sí misma, aunque no obre por la caridad, es un don de Dios, y su ejercicio es una obra que se refiere a la salvación, acto por el cual el hombre ofrece a Dios mismo una libre obediencia concurrendo y cooperando a su gracia a la cual podría resistir.

Luego se debe creer con fe divina y católica todo lo que está contenido en las Santas Escrituras y en la tradición, y todo lo que enseña la Iglesia como verdad divina, solemnemente revelada, sea en virtud de un juicio solemne, sea en el ejercicio de su magisterio ordinario y universal.

Pero porque es imposible sin la fe agradecer a Dios y entrar en participación con sus hijos, nadie se justifica sin ella ni llega a la vida eterna sin perseverar en ella hasta el fin. Y para que podamos cumplir el deber de abrazar la verdadera fe y permanecer en ella constantemente, Dios, por medio de su único Hijo, ha instituido la Iglesia y la ha provisto de notas visibles de su institución a fin de que pueda ser reconocida por todos como la maestra y custodia de la palabra revelada. Porque solo a la Iglesia católica pertenecen esos caracteres tan numerosos y tan admirables establecidos por Dios para hacer evidente la credibilidad de la fe cristiana.

Así la Iglesia por sí misma, con su propagación admirable, su santidad eminente y su inagotable fecundidad para todo bien, con su unidad católica y su inmutable estabilidad, es un grande y perpetuo argumento de credibilidad, un testimonio irrefragable de su misión divina.

Y por eso como un signo erigido en medio de las naciones (13) atrae hacia sí a todos los que hasta ahora no han creído, y enseña a sus hijos que la fe que profesan se apoya sobre muy sólido fundamento.

A este testimonio se agrega el auxilio eficaz de la virtud que viene del cielo. Porque el Señor misericordioso excita y ayuda con su gracia a los que están en el error, a fin de que puedan llegar al conocimiento de la verdad, y a los que ya ha sacado de las tinieblas atrayéndolos a su admirable luz, los confirma con su gracia, que no falta sino cuando se huye de ella, a fin de que persistan en esa misma luz.

Así, muy diferente es la condición de los que se han adherido a la verdad católica por el don divino de la fe, de la de aquellos que guiados por las opiniones humanas, siguen una falsa religión; porque los que han abrazado la fe bajo el Gobierno de la Iglesia, no pueden tener jamás ningún motivo justo para abandonarla y poner en duda esa fe. He aquí por qué dando gracias al Eterno Padre que nos ha hecho dignos de participar de la suerte de los Santos en la luz no debemos menospreciar tan gran ventaja; antes bien fijamos los ojos en Jesús, autor y consumador de la fe, debemos guardar el testimonio inquebrantable de nuestra esperanza.

CAPÍTULO IV.

De la fe y de la razón.

La Iglesia católica ha sostenido siempre y sostiene con consentimiento perpetuo que existe un doble orden de conocimiento, distinto no solamente en principio, sino en su objeto: en principio porque en el uno conocemos por la razón natural y en el otro por la fe divina; en su objeto, porque fuera de las cosas a que puede alcanzar la razón natural hay misterios ocultos en Dios propuestos a nuestra creencia, que no podemos conocer sino por la revelación divina.

Por eso el apóstol, que afirma que Dios se da a conocer a las naciones por las cosas creadas, dice sin embargo, a propósito de la gracia y de la verdad, que ha sido hecho por Jesucristo (14): «Hablamos de la sabiduría de Dios en misterio, sabiduría oculta que Dios ha predestinado para nuestra gloria antes de los siglos y que ninguno de los principios de este siglo ha conocido, pero Dios nos la ha revelado por su espíritu; porque el espíritu escudriña todas las cosas, hasta las profundidades del mismo Dios (15).» Y el unigénito Hijo, el mismo, da testimonio al Padre de que ha ocultado esas cosas a los sabios y a los doctos, y las ha revelado a los pequeños (16).

Cuando la razón, por su parte, ilumina por la fe, inquiere e idiosamente, piadosamente y prudentemente, encuentra, por el don de Dios, alguna inteligencia muy fructuosa de los misterios, tanto por la analogía de las cosas que conoce naturalmente como por la relación de los misterios entre ellos y con el fin último del hombre, sin poder jamás percibirlos como las verdades que constituyen su objeto propio.

Porque los misterios divinos sobrepasan de tal manera por su naturaleza el entendimiento creado que, aun transmitidos por la revelación y recibidos por la fe, permanecen todavía cubiertos con el velo de la misma fe y como envueltos de una especie de niebla, mientras, como extranjeros viajamos por esta vida mortal, fuera de Dios; porque marchamos guiados por la fe y no por la vista (17).

Pero aunque la fe esté por cima de la razón, no puede nunca haber entre ambas desacuerdo verdadero; porque es el mismo Dios el que revela los misterios y comunica la fe, y el que ha dado al espíritu humano la luz de la razón, y Dios no puede negarse a sí mismo, ni lo verdadero contradecir jamás a lo verdadero. Esta imaginaria apariencia de contradicción procede principalmente de que los dogmas de fe no han sido comprendidos y expuestos, según el espíritu de la Iglesia, ó de que los errores de la opinión son tomados por juicios de la razón. Declaramos, pues, absolutamente falsa toda proposición contraria a una verdad atestiguada por la fe (18).

La Iglesia que ha recibido con la misión apostólica de enseñar, el mandato de guardar el depósito de la fe, tiene también de

Dios el derecho y el cargo de proscribir la falsa ciencia, a fin de que nadie sea engañado por la filosofía y la vana sofística (19). Por lo que todos los fieles cristianos no solamente no deben defender como conclusiones ciertas de la ciencia las opiniones que se sabe son contrarias a la doctrina de la fe, sobre todo cuando aquellas han sido reprobadas por la Iglesia; sino además deben tenerlas por errores cubiertos con la engañosa apariencia de la verdad.

Y no solo la fe y la razón no pueden jamás estar en desacuerdo, sino que se prestan mutuo apoyo: la recta razón demuestra los fundamentos de la fe y esclarecida por su luz, desarrolla la ciencia de las cosas divinas; la fe libra y previene a la razón de los errores, y la enriquece de un conocimiento multiplicado. Léjos, pues, de que la Iglesia sea opuesta al estudio de las artes y las ciencias humanas, las favorece y propaga de mil maneras, porque no ignora ni desprecia las ventajas que de ello resultan para la vida humana; reconoce, por el contrario, que las ciencias y las artes proceden de Dios, maestro de las ciencias y que si son convenientemente dirigidas, deben también dirigirse hacia Dios con la ayuda de la gracia; ni prohíbe seguramente que cada una de estas ciencias en su esfera, se sirva de sus propios principios y de su método particular: pero reconociendo esta justa libertad, vela cuidadosamente para que no se pongan en oposición con la doctrina divina admitiendo errores ó trasapando sus límites respectivos para invadir y turbar lo que es del dominio de la fe.

Porque la doctrina de la fe que Dios ha revelado, no ha sido propuesta como una invención filosófica al perfeccionamiento del género humano, sino que ha sido transmitida como un divino depósito a la Esposa de Cristo para ser fielmente guardada é infaliblemente enseñada. Así se debe sostener siempre el sentido de los dogmas sagrados que la Santa Madre Iglesia ha determinado una vez para todas, y no apartarse jamás de ellos en nombre y con pretexto de una inteligencia superior.

Creczan, pues, y multiplíquense abundantemente en todos y en cada uno, en todos los hombres y en toda la Iglesia, durante el curso de las edades y de los siglos, la inteligencia, la ciencia y la sabiduría; pero en tal orden conveniente, es decir, en la unidad de dogma, de sentido y de sentencia (20).

CANONES.

I.

De Dios Creador de todas las cosas.

1. Si alguno negare a un solo y verdadero Dios Creador y Señor de todas las cosas visibles é invisibles; sea anatema.
2. Si alguien osare afirmar que nada existe fuera de la materia, sea anatema.
3. Si alguno dijere que la sustancia ó esencia de Dios y todas las cosas es una sola é idéntica; sea anatema.
4. Si alguno dijere que las cosas finitas, ya corporales, ya espirituales ó al menos las espirituales, son emanaciones de la sustancia divina; ó que la esencia divina hizo todas las cosas por una evolución ó manifestación de sí misma; sea anatema.
5. Si alguno dijere que Dios es un ente universal ó indefinido, el cual, determinándose constituye la universalidad de las cosas distintas en géneros, especies é individuos; sea anatema.
6. Si alguno no confesase que el mundo y todas las cosas que en él están contenidas, espirituales y materiales, fueron, según toda su sustancia, sacadas de la nada por Dios; sea anatema.

O dijere que Dios no las creó por su voluntad libre de toda necesidad, sino con la necesidad con que se ama a sí mismo; sea anatema.

O negare que el mundo haya sido formado para la gloria de Dios; sea anatema.

II.

De la revelación.

1. Si alguno dijere que Dios, uno y verdadero, Creador y Señor nuestro, no puede ser conocido ciertamente con la natural luz de la razón humana, por medio de las cosas creadas; sea anatema.
2. Si alguno dijere que es imposible ó inconveniente que el hombre sea enseñado por revelación divina acerca de Dios y del culto que se le debe; sea anatema.
3. Si alguno dijere que el hombre no puede ser elevado divinamente al conocimiento y a la perfección que traspasan el orden natural, sino que puede y debe llegar en virtud de sus propias fuerzas con continuado progreso a la posesión final de lo verdadero y de lo bueno; sea anatema.
4. Si alguno no recibiere como sagrados y canónicos los libros íntegros de la Sagrada Escritura con todas sus partes, según los enumeró el Santo Concilio de Trento, ó negase que fueron divinamente inspirados; sea anatema.

III.

De la fe.

1. Si alguno dijere que la razón humana es de tal manera independiente que la fe no le puede ser mandada por Dios; sea anatema.

no le puede ser mandada por Dios; sea anatema.

2. Si alguno dijere que la fe divina no se distingue de la ciencia natural acerca de Dios y de las cosas morales, y que por consiguiente no se requiere para la fe divina que la verdad revelada sea creída por la autoridad de Dios que revela; sea anatema.

3. Si alguno dijere que la revelación divina no puede hacerse creíble por signos externos, y que por consiguiente los hombres deben ser movidos a la fe solamente por la experiencia interna ó inspiración privada de cada uno; sea anatema.

4. Si alguno dijere que los milagros no son posibles, y por tanto que todas las narraciones de ellos, aun las contenidas en la Sagrada Escritura, se han de relegar a las fábulas ó mitos; ó que los milagros no pueden jamás conocerse con certidumbre, ni servir de prueba del origen divino de la religión cristiana; sea anatema.

5. Si alguno dijere que el asentimiento de la fe cristiana no es libre, sino producido necesariamente por los argumentos de la razón humana; ó que la gracia de Dios es necesaria solamente para aquella fe viva que obra por la caridad; sea anatema.

6. Si alguno dijere que es igual la condición de los fieles y de aquellos que no han llegado todavía a la fe única verdadera, de modo que los católicos puedan tener causa justa de poner en duda, suspendiendo el asentimiento, la fe que recibieron bajo el magisterio de la Iglesia, hasta que hayan completado la demostración científica de la credibilidad y de la verdad de su fe; sea anatema.

IV.

De la fe y de la razón.

1. Si alguno dijere que no hay en la revelación divina misterios verdaderos y propiamente tales, sino que todos los dogmas de fe pueden ser entendidos y demostrados por la razón instruida regularmente de los principios naturales; sea anatema.

2. Si alguno dijere que las ciencias humanas deben ser tratadas con tal libertad que sus aserciones, aunque se opongan a la doctrina revelada, pueden ser tenidas como verdaderas, y no pueden ser proscribas por la Iglesia; sea anatema.

3. Si alguno dijere ser posible alguna vez que según el progreso de la ciencia se haya de dar otro sentido a aquel que entendió y entiende la Iglesia a los dogmas propuestos por la misma Iglesia; sea anatema.

Así pues, cumpliendo el cargo de Nuestro supremo pastoral oficio, rogamos por las entrañas de Jesucristo y mandamos, por la autoridad del mismo Dios y salvador nuestro, a todos los fieles de Cristo y señaladamente a aquellos que presiden ó tienen el cargo de enseñar, que dirijan sus estudios y trabajos a combatir y arrojar de la Iglesia estos errores, y a extender la luz de la purísima fe.

Mas porque no basta evitar la herética pravedad, sino que es necesario huir con diligencia de los errores que más ó menos se le acercan, advertimos que han de ser guardados todos los decretos y constituciones por los cuales semejantes malas opiniones, aquí expresamente no enumeradas, han sido proscribas y prohibidas por la Santa Sede.

Hemos recibido por el correo de hoy la Constitución dogmática promulgada el domingo último en el Vaticano. Inmediatamente nos hemos puesto a traducir este importantísimo documento para darlo íntegro a nuestros lectores, como lo hacemos, retirando otros originales.

UNION.

No diríamos la verdad si dijéramos que la conducta que está siguiendo en estos momentos el partido carlista ha sobrepasado a nuestras esperanzas. No, nosotros conocemos perfectamente al gran partido nacional católico-monárquico; sabemos cuales son sus sentimientos y cual su criterio para juzgar en todos los casos por imprevisibles que sean, y estamos demasiado acostumbrados a ver como se portan siempre los hombres que no consideran la política como objeto de lucro individual para que pudiéramos dudar ni por un instante de la actitud en que hoy se habían de colocar todas las personas y todas las entidades desde las que tienen influencia grande ó pequeña en el partido monárquico tradicional hasta aquellas que solo pueden prestar el concurso de su adhesión pasiva.

Pero ello es que los grandes hechos, así favorables como adversos, por más que sean previstos, siempre causan alguna impresión proporcionada a la importancia de los hechos mismos, y de aquí nuestro entusiasmo al ver la íntima unión, la admirable unanimidad con que se presentan en una ocasión solemne todas las juntas carlistas, todos los periódicos carlistas. A estas horas, entre más de sesenta periódicos de nuestras ideas que se publican en España, no hay uno solo, ni uno siquiera, que haya disentido de los demás, que se haya mostrado en desacuerdo con la conducta de los periódicos de Madrid, así como tampoco hay

(1) Is. LIX, 21.

(2) Con. Lat. IV. c. I. Firmiter.

(3) Sabiduría, VIII, 1.

(4) Of. Heb. IV, 13.

(5) Rom. I, 20.

(6) Heb. I, 12.

(7) Cor. II, 9.

(8) Conc. de Tren. Ses. IV. Decr. de Can. Script.

(9) Hebr. XI, 1.

(10) Marc. XVI, 20.

(11) 2 Petr. I, 9.

(12) Syn. Aulus, II, can. 7. no. 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.

(13) Is. XI, 12.

(14) Juan. I, 17.

(15) 1. Cor. II, 7. 9.

(16) Math. XI, 25.

(17) 2 Cor. v, 7.

(18) Conc. de Letran, v. Bula Apostolice regimine.

(19) Coloss. II, 8.

(20) Vicent. de Lerins, Common. núm. 28.

una junta, ni provincial ni de distrito, que haya mostrado en desacuerdo con la conducta de la Junta central. Todas las juntas y todos los periódicos, tan pronto como han sabido la resolución adoptada por D. Carlos, no teniendo aún muchas de aquellas y de estas noticias detalladas acerca de lo ocurrido en Vevey, se han apresurado a manifestar su adhesión al rey como lo hicieron los representantes del partido congregados en Suiza y como lo han hecho en Madrid la Junta central, los diputados y la prensa. Admirable unanimidad que está siendo a estas horas la desesperación de nuestros enemigos, y motivo de gran consuelo y esperanza para la patria abrumada bajo el peso de tantas parcialidades como ha producido en España el malhadado liberalismo!

Compárese la conducta de la España católica-monárquica con la conducta del partido liberal, deshecho en divisiones y subdivisiones hasta lo infinito. ¿Hay siquiera una fracción del liberalismo que pueda compararse por su unidad con el gran partido monárquico tradicional?

Recorramos uno por uno todos los partidos liberales, desde el moderado hasta el republicano, y veamos si en algún momento de su vida, larga ó corta, se han presentado compactos y unidos en algún principio capital, en el cual funde su existencia el partido de que se trate.

Pero ¿qué hemos de entretenernos en hacer un examen que sería prolijo, cuando todos estamos convencidos de su resultado, porque están patentes a nuestra vista los hechos sobre que ha de recaer? ¿A qué hemos de demostrar la angustiosa situación de los moderados, eternamente divididos, en cuestión de principios ó de conducta, y hoy mismo en desacuerdo respecto á la persona que debiera ocupar el trono si lograra restaurarse la dinastía derribada en Setiembre? ¿A qué hemos de recordar á la unión liberal, agrupación de hombres turbulentos y ambiciosos, que transigen con todos los principios según les conviene, y que no se unen en otra cosa que en la aspiración á mandar y á apoderarse del presupuesto? ¿A qué, en fin, hemos de hablar del moderno partido radical, en el que están en perpetua discusión todos los principios, y en el que no hay dos periódicos ni dos personas importantes de acuerdo acerca de ningún punto capital?

A la vista está la situación de todos los partidos liberales, á la vista la impotencia de todos ellos, á la vista está que hace veintinueve meses que quieren constituir el país y el país está cada vez más desorganizado. Por sí mismo puede hacer el que quiera la comparación.

Pero ¿cómo los hombres que profesan principios católicos y monárquicos están destituidos de toda pasión? ¿Son por ventura ángeles? No por cierto, pero lo que sucede es que los hombres que se afilian al gran partido monárquico tradicional saben que ante todo tienen que sacrificar su bien particular y sus aspiraciones individuales al bien general y á la justa aspiración de todo un pueblo. El que no está dispuesto á hacerlo así, el que no tiene bastante abnegación para ahogar la voz de su pasión cuando se trata del bien común, no acepta los verdaderos principios católico-monárquicos y se va á formar en las filas del liberalismo. De ahí que siempre y en todos los casos respaldemos entre nosotros la unión que en vano se busca en los partidos revolucionarios.

Hoy más que nunca esa unión debe seguir siendo, como es, perfecta hasta en las cosas accidentales, pues solo viéndonos estrechamente unidos puede continuar poniendo en nosotros su confianza y su esperanza la nación española, cansada ya de ser juguete de las ambiciones, de los odios y de las rencillas que se alimentan con la política.

Acabamos de conseguir una gran victoria contra nuestros enemigos, que habiéndose forjado las mayores ilusiones acerca de las divisiones que creían que iban á surgir entre nosotros, se encuentran hoy avergonzados ante la actitud del partido monárquico tradicional. Ellos han hecho todo lo posible para provocar la desunión publicando las más absurdas noticias y explicando ciertos hechos con todo el maquiavelismo posible, y ellos mismos, aunque procurando oscurecerlos, heridos por la luz de la verdad, han tenido que confesarlos. Si los mismos periódicos liberales están dando ya testimonio de nuestra íntima unión. Ellos han referido minuciosamente lo ocurrido en la solemne junta de Vevey, y á pesar de algunas inexactitudes en que han incurrido y á pesar de su malignidad, de sus mismos relatos se desprende que aquella reunión ha sido un acontecimiento notable que enaltece al partido carlista y enaltece sobre todo al joven príncipe D. Carlos que ha dado relevantes pruebas de talento y de prudencia muy superiores á sus años.

España entera cree hoy más que nunca que su salvación consiste en el triunfo de nuestra causa, que no hay otro remedio para los males de este desventurado país que la práctica de los principios católicos y monárquicos. La reunión de Vevey y la actitud en que después de ella se ha colocado

el partido carlista agrupándose en derredor de la bandera cuyos lemas son Dios, patria y rey, ha alentado la esperanza de los más indiferentes y de los más desconfiados, y todos los españoles verdaderamente amantes de su patria claman hoy á una voz: Carlos VII es el hombre que se necesita.

Recuerda *La Política* cierta compendiosa Constitución atribuida al general Narvaez, en un momento sin duda de lucidez. Esta Constitución se componía de dos artículos: 1.º Todos los españoles serán grandes de primera clase, capitanes generales ó ministros con seis mil duros de sueldo y coche. 2.º Este país no vale un camino.

La Política confiesa que en la situación presente no faltan motivos capaces de hacer buena la Constitución del memorable jefe del partido moderado. *La Iberia* califica de graves estas palabras. A nosotros nos ha hecho reír la calificación de *La Iberia*. Verdad es que este papel nos hace reír siempre. Las palabras de *La Política* no son graves; lo grave es que son verdad; lo grave es que la humorística Constitución de Narvaez, es la única Constitución liberal que ha formado la esencia de la *sistema* que nos viene desgobernando hace cuarenta años.

Y precisamente los que con más ahínco quisieron plantearla, fueron los unionistas, bajo cuyo dominio se convirtió España en un inmenso mercado, donde no había más que corruptores y corrompidos, empujados y cesantes. Solo que la revolución de Setiembre, extendiendo la corrupción de una manera increíble, ha llegado á hacer casi bueno el imperio de los unionistas solos. Ahora que están acompañados de sus antiguas víctimas, el escándalo ha sido tal que no hay un solo español que no se crea con derecho á una cartera, á una grandeza ó á una gran cruz.

Porque se ha visto á B. Cerra, á Sagasta, á Zorrilla, etc., ocupar el banco azul; Porque se ve á Prim ser Grande de España;

Porque Gasset y Artime tiene una gran cruz;

Porque Cristino Martos quiere ser archipámpano;

Y Ortiz de Pinedo reina madre;

Y Ballesteros es subsecretario de Ultramar;

Y Asquerino embajador;

Y Gaminde general;

Y el cómic García Gansal;

Y Rubio B. asco, casi personaje;

Y Pacheta, el torero, personaje sin casi;

Y Coronel y Ortiz, diputado;

Y Montemar, diplomático;

Y el duque de Montpensier, candidato á la corona!

Con estos datos, que aun no conocía el general Narvaez, aunque él contribuyó también á que las cosas llegasen á este extremo, considérese si hay razón sobrada para decir que la única Constitución posible es la breve é intencionada del general Narvaez; porque en efecto, todos los españoles son ya *in potentia* y casi todos *in actu*; grandes, ministros y capitanes generales, y este país, en efecto, no vale un camino.

Para que valga *qualche cosa*, es necesario barrerlo bien de unionistas, moderados, radicales, republicanos, etc.

Pero ¡ah! bendita escoba, ¡cuánto tardas!

Los padres de la patria siguen dándonos entretenidos y variados espectáculos; el consabido artículo 12 de la ley electoral, es decir, la cuestión de las incompatibilidades, nos ha proporcionado ya tres ó cuatro, á cual más divertidos, y esperamos que no será el último el que presenciemos en la sesión de ayer, que fué en extremo edificante.

En la imposibilidad de estendernos lo que desearíamos en una reseña de esa sesión, remitimos á nuestros lectores al extracto que publicamos en el lugar correspondiente.

Por él verán nuestros lectores que se puso á votación el voto particular del señor marqués de Sardoal en la cuestión de incompatibilidades; que hubo empate; que tuvo que repetirse la votación, y que solamente por dos votos se tomó en consideración el del mencionado señor marqués, no sin que hubiese habido antes un curioso incidente acerca de la primera votación.

El Sr. Rivero confesó paladinamente que él era partidario de las incompatibilidades, pero que después de haberse desechado el primitivo artículo 12, aceptaba el voto particular del Sr. Sardoal.

Pero el asunto no está terminado ni mucho menos. Compatibilistas é incompatibilistas hacen esfuerzos desesperados para el triunfo de sus opiniones; falta discutir el voto particular, acerca del cual debe recaer otra votación que puede ser favorable ó contraria. En este último caso se pasaría á discutir el art. 12 nuevamente redactado, y en suma puede durar aun la cuestión algunos días y resolverse como menos se piense.

Pero el ministerio sigue impertérrito, y

el Sr. Rivero dá muestras de no quererle dejar arrancar de su poltrona á dos tirones.

Todos los periódicos de provincia que recibimos hoy, traen entusiastas y notables artículos demostrando la unidad inquebrantable del partido carlista, su amor al rey y su propósito firme de trabajar con más asiduidad que nunca, si es preciso, para demostrar al mundo que los grandes principios y las grandes agrupaciones políticas fundadas en aquellos no mueren, ni se desalientan siquiera por accidentes personales, sea su magnitud más ó menos grave.

El Observador de Almería, *La Bandera Católica* de Jerez, *El Oriente* de Sevilla, *La Concordia* de Zaragoza, *El Norte* de Girona y otros muchos escriben artículos tan notables que sería preciso copiarlos íntegros para que nuestros lectores formasen idea cabal de los nobles sentimientos que han inspirado su redacción.

¡Llor una y mil veces al partido carlista!

El señor secretario de la Junta central ha recibido ayer las siguientes comunicaciones:

PLASENCIA 28.—*Conde de Canga Argüelles*.—Junta de distrito, adhesión con la central al señor duque de Madrid rogando trasmisión.—Presidente, *Calde*.

BAYONA 28.—*Cruz Ochoa*, diputado.—Junta de distrito y círculo reñen adhesión al señor duque de Madrid.—*Lopez*, secretario.

ALVA DE TORRES 27.—*Uneda*, diputado.—Junta de distrito: se une á la adhesión de la central al duque de Madrid.—Secretario, *Sanchez Teruel*.

El diputado Sr. Marquina ha presentado á las Cortes una proposición pidiendo una pensión para las hermanas del malogrado Mendez Nuñez, héroe del Callao.

Hoy probablemente se discutirá el articulo presentado anteayer á las Cortes por la comisión general de presupuestos sobre el de gastos, al cual ha formulado voto particular D. Sabino Herrero, quien al apoyar su voto hará un examen detenido del estado de la Hacienda, haciendo ver la necesidad de una economía general de 500.000.000 en los gastos.

Dicho articulo, que por su gran importancia reproducimos, es como sigue:

Artículo 1.º Los gastos para el presupuesto desde 1.º de Julio de 1870 á 30 de Junio de 1871, se fijan en 718.040.632 pesetas según el estado adjunto letra A.

Art. 2.º Los gastos del primer semestre de 1870 se ajustarán, en cuanto á la nomenclatura y numeración de los capítulos y artículos de las diferentes secciones, al presupuesto autorizado para el segundo semestre de 1869; pero el Gobierno hará en los créditos todas las economías y modificaciones introducidas en el presupuesto para 1870 á 1871.

Art. 3.º Las cuentas de la administración de bienes y efectos, y de la inversión de fondos por teneencias al patrimonio que fué de la corona, correspondiente á la época en que se hallan á cargo del Estado, se someterán al juicio y fallo del Tribunal de Cuentas del reino.

Los créditos señalados en el presupuesto de gastos de los bienes del patrimonio que fué de la corona para los servicios comprendidos en el mismo, no podrán alterarse sino en los términos que prescriben las leyes é instrucciones vigentes respecto de los que figuran en los presupuestos generales del Estado.

Los gastos é ingresos del presupuesto especial del patrimonio que fué de la Corona, que á consecuencia de la ley sobre desvinculación y venta de los bienes del mismo deban correr á cargo del Estado por no referirse á los bienes que se destinan al uso y servicio del rey, se refundirán en el presupuesto general, en el cual se comprenderán en lo sucesivo.

Art. 4.º Se autoriza al Gobierno:

1.º Para realizar dentro de los presupuestos todas las economías que estime oportunas.

2.º Para hacer todas aquellas reformas á que den lugar las leyes especiales votadas por las Cortes.

Art. 5.º El Gobierno presentará á las Cortes antes del día 30 de Junio próximo los siguientes proyectos de ley:

1.º De retiros y clases pasivas civiles y militares, con sujeción á las siguientes reglas:

I. Uniformidad de la legislación de todos los montes pios civiles y militares, de suerte que queden reducidos á una sola clase y con reglas iguales aplicadas exclusivamente por el tribunal de clases pasivas.

II. Concesión de las jubilaciones á los actuales funcionarios tan solo en casos de inutilidad para el desempeño del destino, contraída después de cierto número de años de servicio.

III. Prohibición absoluta de conceder derechos pasivos á los funcionarios civiles y militares que empleen á servir al Estado con posterioridad á la promulgación de esta ley.

IV. Determinación de las recompensas que podrán concederse á los funcionarios civiles y militares que se inutilicen por razón del servicio.

2.º De transformación del sistema de construcciones navales y de arsenales.

3.º De reforma de los servicios fiscales, y en especial de minas, montes y salinas.

4.º Para capitalizar en deuda pública, de acuerdo con los interesados, las pensiones de clases pasivas no sujetas á alteración ni trasmisión, ó contratas con algunas compañías ó particulares del pago de las rentas vitales.

5.º Para capitalizar en deuda pública, de acuerdo con los interesados, las cargas de justicia debidamente revisadas, ó contratas el pago de las vitalicias con algunas compañías ó particulares.

Art. 6.º El ministro de Hacienda adoptará las medidas conducentes á impulsar todo lo posible la revisión de los expedientes de clases pasivas, cuidando de que pasen en su caso á los tribunales el tanto de cuantos que resultare.

Art. 7.º La ordenación general de los pagos del Estado por obligaciones de todos los ministerios estará á cargo del ministro de Hacienda, desempeñándola, por delegación, el director general del Tesoro.

Podrán crearse ordenaciones secundarias, dependientes de la general, en los centros en que el ministro de Hacienda lo considere conveniente. También podrán conferirse los cargos de ordenadores é interventores secundarios á los individuos de los cuerpos administrativos del ejército y de la armada, siempre que los desempeñen con dependencia directa de la ordenación é intervención general respectivamente.

Art. 8.º Se aprueba la organización dada á la administración provincial en virtud de la autorización concedida al ministro de Hacienda por la ley de 1.º de Julio último, y se le faculta para reducir el número de empleados y aumentar la asignación de los que queden, absolutamente

necesarios, dentro del crédito que se fija para el personal de este ramo, organizando con funcionarios celosos y bien retribuidos un servicio de investigación de contribuciones para lograr la justicia del reparto y la mejora de las rentas.

Art. 9.º La contabilidad general del Estado dependerá desde 1.º de Julio próximo del ministro de Hacienda, el cual será jefe superior de ella. Los demás ministros conservarán la facultad de declarar los derechos por los servicios de sus respectivos departamentos, dentro de los límites de la cantidad señalada en el presupuesto de gastos.

Si atenciones urgentes y de preferencia reconocida exigen mayor suma de la comprendida en aquellos créditos, podrá hacerse la declaración del derecho, previa instrucción del oportuno expediente, en que se consignase dicha circunstancia y el importe de la cantidad requerida para cubrir el servicio sobre el crédito concedido en presupuestos.

Estos expedientes se acompañarán originales á toda petición de crédito suplementario ó extraordinario que se haga á las Cortes.

Las anticipaciones de fondos no podrán hacerse sino en virtud de acuerdo y bajo la responsabilidad del Consejo de ministros. Los pagos en suspenso ó á justificar quedarán formalizados precisamente dentro del ejercicio del presupuesto con cargo al cual se hubiesen librado.

Art. 10. La Dirección general de contabilidad interviendrá por medio de sus agentes la administración pública, las cajas del Tesoro y la ordenación de pagos del Estado.

Art. 11. Los créditos comprendidos en los presupuestos de 1869-70 y 1870-71 con destino al personal y material de las ordenaciones de pagos de la presidencia del Consejo de ministros, y de los ministerios de Estado, Gracia y Justicia, Gobernación y Fomento, se declaran transferidos al presupuesto parcial del ministerio de Hacienda, en la proporción que correspondiere, con arreglo al día en que se haga cargo este ministerio de la ordenación general de pagos del Estado.

Art. 12. El ministro de Hacienda procederá á la organización de un cuerpo de contabilidad y tesorería civil, que se regirá por un reglamento especial, con sujeción á las siguientes bases:

1.º Todos los servicios públicos de contabilidad y tesorería estarán á cargo de empleados, que constituirán un cuerpo especial llamado de contabilidad y tesorería del Estado.

2.º El ingreso en los destinos inferiores del cuerpo especial de contabilidad y tesorería será por rigurosa oposición.

3.º De cada tres vacantes que vayan ocurriendo en todos los demás destinos del ramo, una se proveerá por oposición libre, y dos por rigurosa antigüedad.

4.º Los reglamentos determinarán la forma en que han de verificarse las oposiciones, y el número y clase de ejercicios.

5.º Los individuos que lleven diez años de servicios en los ramos de contabilidad y tesorería del Estado no estarán sujetos á oposición. Tampoco lo estarán los que hubiesen desempeñado plazas de contadores provinciales y hayan obtenido su plaza por oposición.

6.º Nadie podrá ascender en el cuerpo sin llevar dos años, por lo menos, de efectividad en el destino anterior inmediato. Se exceptúa el caso en que el ascenso sea debido á la oposición.

7.º Se formará un escalafón general de los empleados del cuerpo de contabilidad y tesorería, señalando en él la antigüedad que á cada uno corresponda y las funciones que esté desempeñando.

8.º Los individuos del cuerpo no podrán ser separados ni declarados cesantes sino á consecuencia de faltas juzgadas por la junta de jefes, después de oír á los interesados y al Consejo de Estado.

Art. 13. El ministro de Hacienda adoptará las medidas oportunas para que por todos los ministerios se proceda á inventariar ó valorar los bienes del Estado, de cualquiera clase que sean, de modo que pueda llegar á conocerse con certeza el activo y el pasivo del Tesoro público.

Adoptará también las medidas necesarias para que desde 1.º de Julio se lleve por todos los ministerios cuenta corriente del material y efectos que por cualquier concepto posea el Estado.

Art. 14. Los contratos que en lo sucesivo se verifiquen por todos los ministerios, y que produzcan obligaciones contra el Estado, deberán contener precisamente los plazos en que hayan de hacerse los pagos, y en los expedientes instruidos para la subasta del servicio ó su ejecución por administración, constará que existe crédito suficiente dentro del presupuesto para verificar el pago. Cuando las obras sean de gran importancia, y su terminación y pago hayan de tener lugar durante el ejercicio de varios presupuestos, se oírán en los expedientes respectivos al ministerio de Hacienda para que con su acuerdo se fijen las sumas que en cada año económico hayan de satisfacerse.

Art. 15. El ministro de Marina dictará las medidas oportunas para que se engranen en pública subasta los buques excluidos del estado general de la Armada, así como aquellos de los comprendidos entre las fuerzas auxiliares y buques de tercera clase que no respondan de manera alguna á las necesidades del servicio, y todo el material inútil existente en los arsenales. El producto de estas ventas ingresará en el Tesoro con aplicación á recursos eventuales del presupuesto de ingresos vigente en la época en que aquellas tengan lugar, y su importe se considerará como crédito disponible en un capítulo adicional del presupuesto de gastos del ministerio de Marina, con destino á la construcción y armamento de buques menores adecuados para defensa de las costas y persecución de contrabando.

Art. 16. El ministro de Marina determinará anualmente al presentar los presupuestos á las Cortes los buques que convenga construir ó emprender durante el ejercicio y los créditos que para ello se requieran.

Art. 17. Forman parte interesante de estale las disposiciones comprendidas en las distintas secciones del presupuesto de gastos.

Palacio de las Cortes, 27 de Abril de 1870.—Manuel Cantero.—Sabino Herrero.

Noticias tomadas de *El Imparcial*:

«Las autoridades locales han dispuesto la clausura de la fábrica de cigarreros de Alicante, á consecuencia de los alborotos promovidos en la misma por las cigarreras.

—Es posible que el intendente de Cuba, señor Santos, obtenga otro cargo.

—Parece que están acordados el cese del señor Figuerola en el gobierno de la provincia de Barcelona, y el nombramiento del Sr. Corcuera para dicho cargo.

—Están terminados en el ministerio de Estado todos los tratados comerciales, á excepción del de Austria, que está pendiente de informe en el Consejo, y que como los demás, aparecerá muy pronto en el periódico oficial.

En el mismo diario leemos lo siguiente:

«En el distrito universitario de Sevilla han dejado de prestar el juramento á la Constitución los catedráticos D. José Mateos Gago, D. Francisco Mateos Gago, D. Francisco Cevallos, don Antonio Andrade, D. Rafael Alvarez, D. Fran-

cisco Page, D. Luis Ponce de León, D. Gonzalo Segovia, D. Rafael Villagran, D. Fernando Colom y D. Manuel Lasala.

En el de Salamanca, D. Santiago Uroz, don Anastasio García López, D. Pedro Romero Díaz y D. Pedro Manobal.

En el de Granada, D. Domingo Olavarria y en el de Zaragoza, D. Manuel Andreu y D. José Puente.

En los institutos se han negado á prestar el juramento, D. Manuel Mazarrasa y D. José González de Tarrago, de Santander; D. Madoiro Inojal y Sanz, de Palencia; D. Bernardo Gómez Segura, de Cuenca; D. Juan Estéban Navarro y don José Manuel Bernar, de Jerez, y D. Bernardo Monreal, de Avila.

En el distrito universitario de Madrid han jurado todos los catedráticos de Facultad.

Creemos, que respecto del distrito de Madrid, no está en lo cierto el diario cimbrino.

Dice un diario revolucionario que este año no celebrará el Ayuntamiento la función religiosa que en honor de las víctimas del Dos de Mayo de 1808 se verificaba anualmente en la iglesia de San Isidro.

He aquí una noticia que creemos sin dificultad alguna.

El Imparcial que anunció ayer haber sido asaltado por los liberales el casino carlista de Santiago, dice hoy sobre el particular lo siguiente:

«Las autoridades de Santiago, de acuerdo con el gobernador de la Coruña, han dispuesto la clausura del casino carlista, recientemente inaugurado, en vista de los conflictos á que está dando lugar.»

Claro: «en vista de que los liberales no dejan vivir á los carlistas, se fusila á los carlistas para que los liberales no den disgustos al Gobierno.

«Pero qué sabido es el paternal Gobierno que nos rige!

CORREO DE HOY.

Leemos en *El Telégrafo Autógrafo*:

«Ayer se manifestó otra greve en las radfuerias de azucar de la Villette, y aunque carecia por completo de carácter político, los obreros aglomerados un momento sobre las aceras, impedían la circulación.

—Aquí, como en España, aunque no de una manera tan exagerada, se explota por los noticiosos de oficio el hecho más pequeño para pretender darle grandes proporciones: á la greve de los obreros en azucar de la Villette y de los fundidores se ha pretendido dar un carácter político. Esta apreciación es completamente falsa, y las exigencias de los grevistas son las siguientes:

1.º Que se fije á sesenta céntimos la hora de trabajo de todo obrero que lleve cuatro años de práctica.

2.º Que se suprima el trabajo en horas extraordinarias «no ser que se pague doble.

3.º Que se pague regularmente en todos los talleres cada 15 días.

En estos momentos se celebra una conferencia entre patronos y operarios que aseguramos á nuestros lectores que no tiene nada de política.

El mismo periódico dice:

«Las reuniones públicas se multiplican. Ayer ha habido doce, y en todas partes la discusión estranquila, aunque al final suele darse algún viva á la república; pero en medio de estos desahogos, el orden más perfecto ha reinado en todas ellas.»

Las siguientes noticias son tambien de *El Telégrafo autógrafo*.

«Al despacho que *El Univers* ha recibido de Roma puede agregarse la noticia que recibimos en este momento de que las relaciones entre el Vaticano y el ministerio de Negocios Extranjeros van siendo más cordiales.

—No sería difícil que el Gobierno francés consiguiera un desarme en Prusia, en cuyo caso Francia tambien mandaría á sus hogares un gran número de soldados.»

ÚLTIMA HORA.

CONGRESO.

En la sesión de hoy cinco señores diputados han pedido que conste su voto en contra del voto particular del señor marqués de Sardoal, y cuatro en favor.

El señor ministro de Estado ha dado lectura de diversos proyectos de ley de arreglo de las carreras diplomática, consular y de interpretación de lenguas.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Havas-Bullier.)

PARIS, 28.—La mayor parte de los Obispos aconsejan á los Curas votar en pró del plebiscito. El periódico *El Memorial Diplomatique* dice que el Papa, al recibir la nota francesa ha manifestado que la Iglesia ha tenido siempre en cuenta la situación hecha á los Gobiernos por exigencias de los pueblos y las vicisitudes de los tiempos, y que leerá cuidadosamente la nota francesa.

Dícese que el mismo día han remitido los representantes de las potencias católicas al Cardenal Antonelli notas apoyando los pasos de la Francia.

En la Bolsa se han cotizado:

3 por 100 español interior, á 24 1/8.
3 por 100 id. exterior, á 29 1/4.
3 por 100 francés, á 74 00.
4 1/2 por 100 id., á 102-25.

LONDRES, 28.—Consolidados ingleses, á 94 1/8.
3 por 100 portugués, á 33 1/4.
3 por 100 español exterior, á 28-45.

FRANCOFORT, 28.—El 3 por 100 español exterior, á 28.

PARIS, 28 (á las seis de la tarde).—El 3 por 100 exterior español de 1869, á 28.

BOLSA DE HOY.

Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 25-10, 05 y 10; pequeños, 25-40, 60, 50 y 20; á plazo, 24-90 y 25-00 fin. cor. fr.; 25-10, 15, 24-90 y 25-10 fin. pr. fr.

Títulos del 3 por 100 consolidado exterior, publicado, 29-25.

Deuda del Personal, no publicado, 21-25. Billetes hipotecarios del Banco de España, 1.ª serie, no publicado, 100-75 d.

Idem, id. de la 2.ª serie, publicado, 98-25, 15 y 10.

Bonos del Tesoro, de 2.000 rs., 6 por 100 de interés anual, publicado, 65-50, 75-80 y 65; á plazo, 63-60 y 70, fin. cor. vol.; 66-25, 95 fin. pr. vol.

Obligaciones generales por ferro-carriles, de 2.000 rs., publicado, 46-50 y 70; no publicado, 46-40.

Acciones del Banco de España, publicado, 136-00; no publicado, 136-25.

